

Mutaciones infinitas de la deconstrucción

Gustavo Celedón Bórquez

El presente texto es una reflexión a propósito de los cincuenta años de la deconstrucción². Es decir, es una reflexión *sobre* y *en* una medida de tiempo y, particularmente, sobre una edad, sobre una edad de la deconstrucción. Quizás de manera más expandida, se trata también de una reflexión que subraya la temporalidad del acontecimiento —del acontecimiento como tal y del acontecimiento “deconstructivo”. ¿Se puede evaluar el acontecimiento de acuerdo a una medida de tiempo? ¿de acuerdo a un corte que implica una cierta cantidad de tiempo? No habría, en principio, porque negar el ejercicio. Pero de inmediato despejamos ciertas cosas:

a) En primer lugar, no es deseable que estos cincuenta años —o esta “conciencia” de cincuenta años— comenzaran a sentenciar un ser de la deconstrucción, esto es, a fijar o archivar, en nombre del ser, en nombre de la identidad, ciertos rasgos que la deconstrucción ha podido repetir en este intervalo de tiempo. No hay un hábito deconstruccionista, un *ethos* deconstruccionista, menos el horror de una metodología de la deconstrucción. Al respecto, Derrida siempre lo advirtió, por ejemplo en *Carta al amigo japonés*³, en *Limited Inc*⁴ o en otros

¹ Dr. en Filosofía por la Universidad de París VIII. Profesor titular de la Escuela de Cine de la Universidad de Valparaíso. Director de la Revista Latinoamericana del Colegio Internacional de Filosofía.

² Este texto nace de la intervención realizada en el Coloquio *50 anos de desconstrução* realizado en la Universidade Federal do Janeiro entre el 17 y el 20 de octubre de 2017. Organizado por NUFFC (*Núcleo de pesquisa em Filosofia Francesa Contemporânea*) y dirigido por Filipe Ceppas y Gustavo Chataignier. El texto se inserta en una reflexión general sobre la deconstrucción hoy, inscrita en dos artículos anteriores *Anticipar la forma* (Revista Latinoamericana del Colegio Internacional de Filosofía, n°1, 2016, pp. 83-105) y *Deconstruir la deconstrucción* (Carlos Contreras; Javier Agüero, eds., *Jacques Derrida. Envíos pendientes. Imposibilidades de la deconstrucción*, Viña del Mar, Cenaltes Ediciones, 2017, pp. 307-344)

³ “La desconstrucción no es un método y no puede ser transformada en método. Sobre todo si se acentúa, en aquella palabra, la significación sumarial o técnica. Ciertamente es que, en ciertos medios universitarios o culturales, pienso en particular en Estados Unidos, la «metáfora» técnica y metodológica, que parece necesariamente unida a la palabra misma de «desconstrucción», ha podido seducir o despistar. De ahí el debate que se ha desarrollado en estos mismos medios: ¿puede convertirse la desconstrucción en una metodología de la lectura y de la interpretación? ¿Puede, de este modo, dejarse reapropiar y domesticar por las instituciones académicas? No basta con decir que la desconstrucción no puede reducirse a una mera instrumentalidad metodológica, a un conjunto de reglas y de procedimientos transportables. No basta con decir que cada «acontecimiento» de desconstrucción resulta singular o, en todo caso, lo más cercano posible a algo así como un idioma y una firma. Es preciso, asimismo, señalar que la desconstrucción no es siquiera un *acto* o una *operación* (Jacques Derrida, “Carta a un amigo

textos. Nosotros, *lo subrayamos*. Como si cincuenta años fuesen también la ocasión para recordar ciertas palabras o frases que nos parecieron y nos parecen *decisivas*. Decisivas no porque vienen a enmarcar lo que la deconstrucción es, sino porque constituyen momentos de decisión en la vida de la deconstrucción.

Momento de decisión, es decir, momento en que se ha decidido que la deconstrucción no es un método, que es todo lo contrario a un método. Y como tal, esto es, como decisión, habrá sido un momento de locura, un momento en que el devenir habrá decidido a la deconstrucción y ésta, al sujeto deconstructivista —o, más bien, al sujeto que se deconstruye con la deconstrucción⁵. No a la inversa, es decir, no el deconstructivista eligiendo la condición no-metódica o no-metodológica de la deconstrucción.

Al respecto, quisiera recordar un momento del pensamiento de la decisión en este intervalo de tiempo de la deconstrucción: la polémica con Michel Foucault. A propósito de una discusión sobre la cuestión de la locura en las *Meditaciones Metafísicas* de Descartes, ambos quedan posicionados. Tales posiciones se distribuyen de la siguiente manera:

i.- Derrida piensa la decisión precisamente como una locura, como una apuesta frente a los hechos o, mejor, frente a los acontecimientos: la decisión reposa sobre la indecibilidad⁶. El sujeto que decide ignora el comportamiento de las conclusiones que se desprenden de una decisión —he ahí ya la incalculabilidad del acontecimiento y del por-venir. En la discusión, se trata del *cogito* como instante de locura de la decisión: Descartes “es” decidido, “está loco” cuando llega al *cogito*. La razón es una locura.

japonés”, en *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones, 1997, pp. 23-27).

⁴ “Esta es la verdadera fuente de ansiedad en ciertos círculos, simplemente puesta al descubierto por la “deconstrucción”: antes de convertirse en discurso, en una práctica organizada que parezca una filosofía, una teoría, un método, que no es, respecto a aquellas inestables estabildades o esta desestabilización que se convierte en su tema principal, “deconstrucción” es primeramente esta desestabilización en movimiento, si así pudiéramos hablar, “de las cosas mismas”; pero no es negativa” (Jacques Derrida, *Limited Inc.*, Evanston, IL, Northwestern University Press, 1992, p. 147. Traducción nuestra).

⁵ Hacemos referencia al exergo con el cual Derrida da comienzo a “Cogito e historia de la locura”, cita de Kierkegaard: “El instante de la decisión es una locura”. (Jacques Derrida, “Cogito e historia de la locura”, en Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989, p. 47).

⁶ *Ibid.* La indecibilidad de la decisión es un tema sobre el cual Derrida siempre vuelve. Citamos, por ejemplo: “Incluso si una decisión parece tomar solo un segundo y no estar precedida por ninguna deliberación, está estructurada por esta experiencia y experimento de lo indecible” (Jacques Derrida, *Limited Inc.*, op. cit., p. 116. Traducción nuestra).

ii.- Por el contrario, Foucault sospecha inmediatamente de la decisión: quien decide, *sabe* su decisión, *conoce* las consecuencias, resulta incólume, gana. Hay un dominio sobre las fuerzas discursivas en juego que permite al sujeto tomar la decisión sin locura, con interés, como acto o gesto de poder⁷.

Posiciones claras —o aparentemente claras. ¿Pero se deduce inmediatamente un ser de la deconstrucción? No, pues una decisión no es concluyente. La posición no sólo es dialéctica o dialógica. Es también práctica, deviene *hacer*. Hace —sin ser operación, acto, *speech act*. En este sentido, la deconstrucción no es un objeto de estudio. Puede serlo, ciertamente, pero el hacer deconstructivo se le opondrá, porque la deconstrucción no reposa en los enunciados sino, precisamente, en la deconstrucción de los enunciados. Saber de la deconstrucción es de alguna manera decidir, cada vez, lo que se sabe de la deconstrucción. Pues ella no soporta un examen puramente introspectivo. Este debe hacerse sin dejar de *ejercer* la deconstrucción. Y en ese sentido, el porvenir de la deconstrucción es el primero, dado su compromiso con el pensamiento, en inscribirse en la incalculabilidad y el acontecimiento.

Cincuenta años de deconstrucción ponen en juego las tres coordenadas con las que pensamos habitualmente el tiempo: pasado, presente, futuro. Si acentuamos el pasado, por ejemplo, estamos quizás dando más importancia al futuro. He ahí también la indecibilidad de la decisión. El tiempo en el pensamiento derrideano, es resultante de la escrituras. Pero la escritura se ve absolutamente comprometida en el tiempo o los tiempos que engendra. La deconstrucción es temporal: si sale del tiempo, es a otro tiempo, consciente de la alteridad radical que hay en el corazón de la temporalidad.

⁷ La discusión se desarrolla en los textos *Cogito e Historia de la locura* (Jacques Derrida, op. cit.) y *Mi cuerpo, ese papel, ese fuego* (Michel Foucault, en *Historia de la locura en la época clásica III*, Colombia, Fondo de Cultura Económica, 1998). No abordamos su complejidad en el presente escrito. Sólo la utilizamos para acentuar el carácter de indecibilidad de la deconstrucción, oponiéndola a una posición, aquí la de Foucault, y con ello sugiriendo que en efecto dicho carácter sí implica una fuerza discursiva que, como tal, no se considera racional, metódica, activa, etc. Dicho de otra manera, las fuerzas discursivas que constituyen un texto o un dominio público, un punto de la historia si se quiere, no implicarían necesariamente un puro sujeto calculador o capaz de administrarlas para decidir lo conveniente. Dentro del movimiento general de las fuerzas, hay fuerzas no racionales, no “humanas”, dispersas, sin constituir un conjunto, grupo, unidad. No obstante, por otro lado, la crítica foucaultiana es sumamente pertinente: la deconstrucción, dice, no considera *afuera*, sólo *dentro*. Crítica a tomar en cuenta, porque pone el acento sobre una auto-determinación de la deconstrucción misma, a saber, precisamente, que no hay nada fuera del texto. Al final de este escrito también cuestionaremos esa imposibilidad del afuera en la deconstrucción, aunque por diferentes vías que las que confrontan a Foucault y Derrida. No obstante, existe el propósito de volver sobre esta discusión en algún futuro escrito.

⁸ Différance como temporalización y espaciamento. Cf. Jacques Derrida, “La différance”, en *Marges de la philosophie*, París, Les Éditions de Minuit, 1972, pp.13-14

b) En segundo lugar, siguiendo en la misma línea, cincuenta años no pueden indicar un tiempo de sobrevivencia. La duración no puede ser índice de pertenencia: a la historia de la filosofía por ejemplo; o a la estrategia política. Cincuenta años no pueden darle tampoco la razón a la deconstrucción porque el tiempo no es medida *para* la razón, porque las razones no se dan por insistencia, por repetición ni menos por hábito, no se dan por un supuesto esencialismo de la duración, porque justamente lo que no habríamos de hacer es pensar que el tiempo es razón o que la razón es tiempo, tal cual hacen hoy los poderes: el absoluto de la economía neoliberal se presenta precisamente como una razón del tiempo, como la revelación moderna y absoluta del ser de las cosas.

c) En tercer lugar, cincuenta años pueden permitirnos una alegría, una alegría intelectual, una alegría sensible. Una promesa. Una alegría jamás insensible, es decir, jamás egoísta frente a todo lo que hoy ocurre: estos tiempos complejos y amenazantes. Pues esta alegría no es un *estado* del alma, no es el fruto de una vida mínima frente a la vida de la mayoría, no es capital ni seguridad intelectual: es aquello que reconoce el punto de no-absoluto en todo aquello que se presenta como absoluto.

De ahí que los cincuenta años de la deconstrucción no son precisamente íntimos. Pues cincuenta años no declaran la inclusión de *las/los deconstruccionistas* a la historia. No se trata de un hito dentro de esta supuesta historia de la deconstrucción. No es ella pasando a otra edad, es decir, no es un ciclo.

Diremos más bien que es el tiempo, aquí los cincuenta años, la medida llamada “cincuenta años”, la que debe dejarse sorprender por la deconstrucción. Si asistimos a pensar, celebrar, convivir a propósito de esta edad de la deconstrucción, tal edad no ocurre en un vacío histórico o, mejor, en un vacío de acontecimientos. Por el contrario, pasan hoy múltiples cosas que somos, un tanto todos, incapaces de asir, de comprender. Conviven hoy una sensación de deriva del mundo con una sensación de extrema seguridad acerca de lo que las cosas son. Conviven también impulsos políticos de carácter representativo con una caída prácticamente irremediable de la representación. La vida no parece querer seguir viviendo como solíamos vivirla, pero, por el contrario, la humanidad casi entera parece querer seguir viviendo de la misma forma. Parece una guerra contra la vida, contra el planeta. Cuando es necesario quizás más que nunca abrir la mente, considerar más que nunca que las cosas pueden ser de otra forma, las fuerzas reactivas se apoderan de todas las posibilidades, intelectuales y materiales,

para consagrar la peor máxima de todas: *así son las cosas* —aunque ellas mismas, las cosas, quieran cambiar.

Diremos simplemente que tras estos cincuenta años la deconstrucción se encuentra en condiciones diferentes. Los acontecimientos son otros, por mucho que tengan algo o mucho de lo mismo. Diremos que el contexto contemporáneo de la deconstrucción, aquel que impugnaba a la representación, que intelectualmente podía oponer la no-representación a la representación, hoy no puede ya hacerlo pues, en efecto, la no-representación es hoy la condición. Y cuando decimos que la no-representación es la condición, no queremos decir que el discurso no-representativo se ha apoderado de la academia, de las palabras, de los sentires, de la gente, oficializándose. Queremos decir más bien que la representación misma se ha esfumado, que ya no hay un *deseo de no-representación*, sino que, simple y llanamente, y por decirlo de alguna manera, la vida no se deja vivir ya representativamente —a pesar de que la representación siga siendo el índice primordial que gestiona todo, volviéndose, por ello, un núcleo importante de reactividad.

Efectivamente la relación sujeto-objeto deja de ser el blanco intelectual porque esa relación —ese molde— parece haberse roto para siempre. Y no porque ambos, sujeto y objeto, se desnivelaran o adquirieran medidas diferentes que los hacen incompatibles, condición por la cual, en todo caso, siempre se fundamentó esta división moderna. Sino más bien porque los acontecimientos, tal como ocurren, parecen no dejarse leer por la relación sujeto-objeto. Tal como los acontecimientos ocurren: queremos decir aquí que la deconstrucción pudo haber opuesto un acontecimiento no-representativo a la representación generalizada, institucionalizada, en funcionamiento... del acontecimiento. Pero hoy esa oposición pierde fuerza porque los acontecimientos se han desbordado y han desbordado a la representación.

De este desborde se cuelga todo el discurso reaccionario actual. Se dice: “el mundo está deconstruido”, lo que quiere decir, “está profundamente relativizado”. La deconstrucción sería culpable de un desorden generalizado que no permite al público, a la ciudadanía general, distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. En este sentido, la deconstrucción no sólo no haría nada contra los poderes establecidos, sino también y por sobre todo los justificaría, sería uno de sus sustentos teóricos. Dicho de otra manera, se piensa que los poderes establecidos deconstruirían al pueblo para que este no sepa más ya de su horizonte, de lo que quiere y, lo que sería más conveniente, de su capacidad para distinguir la realidad, lo que

sucede, quiénes son los buenos y los malos. La crítica a la deconstrucción supone que esta opera como un arma, como un método. La deconstrucción estaría al medio entre el saber de las elites y el no saber del pueblo, acentuando de manera cruel y despiadada, la ignorancia de estos últimos.

Esta crítica a la deconstrucción, que se asoma hoy en día como una de las formas predilectas de la crítica en general, supone que algo verdaderamente ocurre y nos es vetado, entre otras cosas, por el accionar de la deconstrucción. Es decir, parte del convencimiento de que el acontecimiento es *algo*, de que es *algo* lo que ocurre. Retoma –aunque siempre ha estado retomado – la misma concepción clásica o aristotélica de siempre: un sujeto o *hypokeimenon* y sus accidentes, una sustancia a la cual le suceden cosas. La idea misma de acontecimiento queda supeditada al accidente, a la lógica de sujeto-predicado, ahí donde el acontecimiento se predica del sujeto¹⁰.

El reaccionismo actual piensa que la desigualdad monstruosa que asola al planeta es ignorada por los pueblos a causa, entre otras cosas, de una progresiva deconstrucción del pensamiento popular, de la sensibilidad de la gente, de su capacidad de pensar. Asunto delicado, porque mucho de verdad tiene. ¿Pero se trata efectivamente de una deconstrucción? La publicidad, la prensa, la televisión, las redes sociales y, con mayor amplitud, las violencias de las elites, golpes de estado, dictaduras, estado de seguridad permanente, narcotráfico, destrucción de la educación, etc., destruyen día a día la mente y los cuerpos de la gente, la posibilidad misma de vivir, esto es, la precarización como norma de nuestras vidas actuales. Pero, nuevamente, ¿se trata, justamente, de una deconstrucción?

⁹ Slavoj Žižek, por ejemplo

¹⁰ El acontecimiento, en tanto noción a siempre pensar, es permanente en el texto derrideano. Cuando retoma, por ejemplo, la discusión con Austin en *La universidad sin condición*, Derrida insiste en que el acontecimiento desborda toda posibilidad de constataativo y performativo. No hay así ni constatación ni performance del acontecimiento. Por el contrario, el acontecimiento se mantiene irreductible, es esa su característica, sin depender de la logicidad articuladora de un lenguaje capaz de dominarlo, esto es, de registrarlo y enunciarlo articulatoriamente: el acontecimiento, no depende, no se predica, no se “hace con el lenguaje”: “El acontecimiento debe no sólo sorprender al modo constataativo y proposicional del lenguaje del saber (S es P) sino que ni siquiera debe dejarse regir por el *speech act* performativo de un sujeto. Mientras yo puedo producir y determinar un acontecimiento mediante un acto performativo garantizado, como cualquier performativo, por unas convenciones, por unas ficciones legítimas y un determinado «como si», no diré, sin duda, que no pasa o no ocurre nada; pero diré que lo que tiene lugar, lo que ocurre o lo que *me* ocurre sigue siendo todavía controlable y programable dentro de un horizonte de anticipación o de pre-comprensión: dentro de un *horizonte* sin más. Forma parte del orden de lo posible controlable, es el despliegue de lo que ya es posible. Forma parte del orden del poder, del «yo puedo», del «yo estoy capacitado para» (*I may, I can*). No hay sorpresa alguna ni, por consiguiente, acontecimiento alguno en sentido fuerte” (Jacques Derrida, *La universidad sin condición*, Madrid, Trotta, 2002, p. 71).

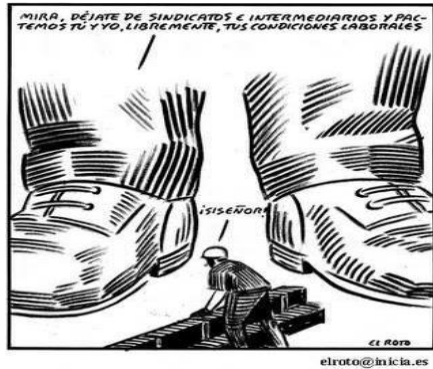
No, se trata de violencia. El mercado no deconstruye, destruye. La relativización que emprende, no es otra cosa que traducir todo en valor. La relativización es espectáculo. Todo lo importante que constituye la vida de una persona o de una comunidad, cualquiera, es primeramente objetivado, parcializado, hecho mercancía, puesto en valor, hecho circular. Desde entonces, pasa a ser propiedad del *concurso público* que entrega poderes al *dominio privado*: se introduce a la especulación mercantil. Lo que realmente vale, es decir, lo invaluable (*acontecimiento*), ahora, simplemente, vale (*moneda, punto especulativo*). Lo que subyace a esta actividad, es lo que mencionamos un poco más arriba: el acontecimiento es considerado un nivel-de-valor, una cantidad de la sustancia, un momento cualquiera de la especulación monetaria infinita. En su forma más moderna, la del capitalismo actual, el acontecimiento es comprendido como aquello mismo que asigna el valor monetario, ocultándose. Es decir, acontecimiento como lo invaluable donador, lo incalculable calculador, la razón suficiente del valor económico, cuando, desde el punto de vista de la deconstrucción, podemos decir, tras cincuenta años, que el acontecimiento es todo lo contrario: punto invaluable (incalculable) que no soporta ni subyace a ningún accidente, dando no otra cosa que lo incalculable. Lo incalculable *da* lo incalculable, no constituyendo una tautología, sino una repetición diferida. Economía en eterno retorno, el valor no congela lo invaluable, sino que es, por el contrario, pulverizado por lo invaluable que se hace paso: el acontecimiento. Figura parecida a la que Nietzsche expone en *El Nacimiento de la Tragedia*: el principio de individuación (aquí el valor monetario) es disuelto por la potencia dionisiaca de la naturaleza, que para Nietzsche era el Uno primordial¹¹. Esta idea nietzscheana, sin el Uno, puede pensarse bajo la siguiente figura: una realidad que en verdad no es otra cosa que el espejismo de un continuo proceso de monetarización (que transforma/traiciona el acontecimiento en cosa y valor asignable e intercambiable), deconstruida por un pensamiento del acontecimiento siempre porvenir, ejerciendo así a un proceso de desmonetarización en vistas al *estado incalculable*. La deconstrucción es ese continuo proceso de desvalorización como estrategia política y económica, es un agente fiel —que actúa cada vez, sin ser método— a este *estado incalculable*.

Esta crítica a la deconstrucción, por lo demás, conjunta a la izquierda y la derecha. O a cierta izquierda y cierta derecha. Por un lado, desde la izquierda, se critica la relativización de los hechos: la desvalorización de las verdades, puestas en el mismo saco especulativo de

¹¹ Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, Alianza editorial, 2012.

cualquier enunciado, de cualquier proposición, de cualquier estado de cosas. Nos permitimos un par de ejemplos tomados de las redes sociales, lugar de examen para al menos radiografiar las fuerzas discursivas actuales¹². Imágenes que circulan: desde la izquierda, por ejemplo, la de un empresario suponiendo el mismo derecho a igualdad que exige el obrero; desde la derecha, entre otras, la de un bus que circula con una leyenda impresa: “los hombres tienen pene, las mujeres tienen vulva: que no te engañen”. Ambas imágenes, desde diferentes polos políticos, atacan lo mismo: la relativización. Por una parte, la relativización de las luchas sociales históricas; por otro, la relativización del deseo y las posiciones sexuales. Y en este juego de fuerzas discursivas, la deconstrucción aparece como sinónimo de esta relativización: un pensamiento de la diferencia, como lo es la deconstrucción, habría minado la diferencia misma, la distinción entre patrón y obrero, entre hombre y mujer, poniendo a todos en la misma balanza y no siendo otra cosa que el discurso y el método de la desigualdad. De hacer caso a esta acusación, y profundizando ligeramente en el texto derrideano, diríamos, entonces, que la *différance* es sinónimo de desigualdad, la verdad de la inaudible y profunda diferencia de las cosas.

¹² En redes sociales, pero también en la prensa y, con ello, en el discurso cotidiano, ha tomado fuerza el adjetivo “postmoderno” para referirse a la relativización generalizada que estaría el planeta sufriendo política, cultural y científicamente. A grandes rasgos, se trata simplemente de oponer la rigurosidad del hecho científico a la circulación de opiniones, vinculadas al narcisismo, al egoísmo, al neoliberalismo en general. Esta relativización por lo común es asociada a toda o casi toda la producción contemporánea, en especial a la producción artística y filosófica. De Nietzsche en adelante, todos son “postmodernos”. La deconstrucción –pero también el feminismo, el discurso trans, Deleuze, Foucault, etc.– sería, en esta lógica de red social, una faceta esencial de esta postmodernidad. Habría que ver hasta qué punto la postmodernidad es contemporánea y habría que ver también hasta qué punto esa necesidad de científicidad en las redes sociales no es solidaria y dependiente del cientificismo monetario que se impone en las universidades y en los grupos que más se protegen del saber. En este sentido, las redes sociales parecen desplegar la argumentación que las instituciones no pueden desplegar institucionalmente. De ahí que las redes sociales se constituyan simplemente como opinión administrada por las instituciones y empresas a través de la idea de libre expresión. El “opinante” no es más que un usuario, mueve una argumentación que ya está previamente administrada. No hay acontecimiento en las redes sociales. El adjetivo “postmoderno” es utilizado por una fuerza reactiva más.



Tenemos entonces que, por un lado, la deconstrucción sería una causa teórica predilecta del silencio cínico que a través de un discurso de la igualdad de las diferencias esconde la realidad monstruosamente desigual que vivimos. Tenemos por el otro lado que la deconstrucción anularía las diferencias verdaderas por las cuales la vida es lo que es: hombre-mujer por ejemplo. Pero también rico-pobre, blanco-negro, ciudad-provincia, etc.



Esta banalización de la deconstrucción, ahora hablamos nosotros, nace no de otro lugar que el de la estrechez obscena de los espíritus actuales que dirigen hoy el mundo, las instituciones y las vidas individuales. Porque más allá de constituir una pésima y cínica lectura de la obra contemporánea en general y derrideana en particular, no es sino una reacción de aquello que fue el blanco primordial de la deconstrucción. Lo sabemos: deconstrucción de las oposiciones, incalculabilidad de la diferencia, no-pensamiento de la presencia, recusación de los

hechos, pues, efectivamente, es en nombre de los *hechos* que la deconstrucción es aquí blanco de críticas.



Los hechos, es decir –corazón de la posición husserliana–, no como contingencias temporal y espacialmente situadas, sino como esencias inalterables que se dan a la conciencia, estableciendo no otra cosa que el ser certero de las cosas¹³. Cincuenta años después del germen de la deconstrucción, es como si nada hubiese pasado al respecto, como si todo aquello que era motivo de deconstrucción se hubiese replegado en sus comodidades. Porque, hay que decirlo, no es sino una metafísica la que hoy toma el mundo con un poder extremadamente grosero y, lo que es peor, se cree con el poder exclusivo de tomar las riendas del futuro.

Frente a esto, en todo caso, poco ayuda el uso extendido que actualmente se hace del actuar deconstructivo. Particularmente desde *ciertas* posiciones que operan en el cotidiano, la deconstrucción se ha transformado en una suerte de imperativo categórico: deconstrúyete. Pero la deconstrucción no podría ser el diálogo entre dos personas gramaticales, menos un imperativo: la diferencia no se establece como el consejo ejemplar de un ente ya-deconstruido a un ente que no lo está, como si de algún modo la deconstrucción de la moralidad kantiana hubiese consistido en el paso que va de la ejemplaridad universal que validaba moralmente al imperativo, al de la ejemplaridad diferencial. En este sentido, la deconstrucción, cincuenta años después, aparece también como renovación ética, como renovación moral.

¹³ Husserl: ““Cuando dijimos que todo hecho podría "bajo el punto de vista de su esencia peculiar" ser de otra manera, dimos ya expresión a la tesis de que *al sentido de todo lo contingente es inherente tener precisamente una esencia y por lo tanto un eidos que hay que aprehender en su pureza*, y este eidos se halla sujeto a verdades esenciales de diverso grado de universalidad?” (Edmund Husserl, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, México, FCE, 1962, p.19).

Para resumir en una frase: el neoliberalismo actual es también ese convenio cada vez más implícito entre fenomenología y positivismo.

¿Qué es lo que el estado general y oficial del mundo espera hoy? Una recomposición, una actualización de esa forma esclavizante del tiempo que es el tiempo económico. Hay efectivamente nuevas tecnologías, nueva relación con el espacio, con la geografía, con el tiempo, con las comunicaciones, posibilidad de otras experiencias. Sin embargo, no se aspira oficialmente sino a una actualización del orden existente que sea capaz de apropiarse fluidamente de todos estos elementos. Ya sea introduciéndolos en la lógica “natural” del sistema, ya sea introduciéndolos como objetos de una crítica bien posicionada frente a ellos. Es decir, se trata de re-construir la modernidad-representativa para que todos los elementos que ella ha creado a partir de su corazón industrializado vuelvan a su propia lógica. Dicho de otra manera, pues esto es, a nuestro parecer, lo que caracteriza a la crisis actual y la hace especial en cierto modo, la modernidad ha producido elementos, experiencias, vivencias de modo tal que hoy se ve superada por todo ello. Superada a tal punto que toda esta producción, con sus resultados esperados e inesperados, con sus elementos incluidos y con todo lo excluido, amenazan –si es que ya no lo hicieron– con dejar de ser modernos, esto es, con imposibilitar a la modernidad misma de comprenderlos.

Y he ahí todo el problema que este texto quiere remarcar: frente a esta amenaza, la modernidad toma la forma de la alianza fenomenológico-positivista que, por un lado, suspende el juicio para el advenimiento de la forma, esto es, el advenimiento de la actualización del sistema, de la modernidad-representativa y, por otro, el positivismo que regula policialmente la crisis, a través de formularios, a través de la estupidez generalizada, a través de la policía, de la policía de los espíritus, o de los espectros, esto es, a través del impedimento de la apertura de cualquier otra posibilidad que pueda surgir de mentes inquietas y pensantes capaces de concebir otra cosa para este mundo desordenado e infernalmente desigual.

A este supuesto relativismo se le oponen los hechos, la fenomenología avanza, delega representantes. Es la alianza científico-fenomenológica que se impone y que conocemos muy bien a propósito del mundo de los conocimientos: mientras esperamos la forma o la esencia de los fenómenos actuales, los formularios nos quieren quitar todo: creatividad, reflexión, decisión de la escritura. Pues el formulario actúa como el antecedente de la forma que quiere arribar, es decir, mientras la posibilidad de representarnos el mundo se suspende (*epoché*), el formulario –

ese agente de la forma— controla, en palabras de Bergson, toda la energía espiritual, es decir, cualquier posibilidad inteligente-sensible de hacer de la crisis el material de otro pensamiento, de otro mundo si se quiere. Este control del formulario, impone al presente la facticidad de los hechos, no otra cosa que la ley de la economía. Siempre en el paradigma sujeto-objeto, si el primero no puede representarse al segundo, basta un paradigma que universalice los hechos, es decir, que los introduzca según su propia ley y los presente públicamente según esa misma ley. Los conocimientos que hoy produce el plan académico global se rigen por esta forma de actuar: todos —la mayoría— no son sino la filtración, el secuestro de los acontecimientos por los formularios que los transforman en hechos, evidencias, datos, puntos de espera.

Después de cincuenta años, hoy, con formularios digitales y artículos en línea, ¿qué podemos decir de la escritura en ese contexto? ¿cuál es el poder de la escritura para hoy? ¿no se transforma la deconstrucción misma?

Lo vemos, después de cincuenta años todavía, para la deconstrucción, se trata de la fenomenología. Pero el contexto es diferente, pues el campo de acción de la filosofía también lo es. La “geografía” filosófica ya no es la misma. De alguna manera para la filosofía contemporánea la cuestión del sujeto no dejaba de ser moderna. Diremos, por ejemplo, que filósofos como Gilles Deleuze o Félix Guattari jamás pudieron abandonar al sujeto: Kant siempre estuvo ahí, por mucho que las coordenadas espacio-tiempo tomaran todo tipo de formas o virtualidades. Con la deconstrucción pasa lo mismo: los márgenes de la filosofía siempre fueron los márgenes de la representación moderna, de la representación en general: con el tiempo, la deconstrucción nos aparece como un pensamiento del sujeto, en el sujeto, cuyos límites son siempre el sujeto. Y no se trata, lo sabemos, de que los acontecimientos permanezcan iguales a sí mismos más allá de la configuración representativa humana que no tiene otra posibilidad que, justamente, representarlos. Se trataba y se trata de pensar que esa misma configuración sujeto-objeto era parte del juego representativo, pero ya no desde la conciencia, ni siquiera desde la inconsciencia, sino desde la escritura. Escritura que para Derrida era un “irse-progresivo” del sujeto que sin embargo no lograba nunca salir de sí: porque no se podía y porque Derrida no lo creía posible (ya en *Posiciones* Derrida advertía que

la deconstrucción opera siempre sobre las divisiones que constituyen el texto metafísica, sin salir jamás de ellas porque ellas se reproducen. Siempre¹⁴).

La deconstrucción fue de alguna manera esa extensión del tiempo y del espacio a partir de la extensión infinita del sujeto, que para ello se sumergía más allá del inconsciente, hacia el inconsciente del otro, hacia las huellas más recónditas del germen de la cultura, del pensamiento, del hoy, del tiempo en general y, sobre todo, de la representación. Por ello, nada estaba para Derrida fuera del texto¹⁵. Porque el texto estaba fuera de sí pero dentro de sí, en esa huella recóndita que, de hecho, no estaba en la intimidad, sino en la intimidad de otro, en la intimidad de una piedra por ejemplo. La deconstrucción parece estar fuera de sí, pero siempre dentro.

Podremos decir, con Derrida, que nada está fuera del texto. Pero habría que afirmar que hay más de un texto. Lo que puede constituir un afuera del texto, es otro texto. Otro texto en exterioridad radical para el texto que incluso comprende a la deconstrucción, hasta hoy, cincuenta años después. E incluso, y mejor, que hay otra cosa que el texto, un otro *del* texto y un otro *en* el texto.

Hasta ahora, en efecto, la deconstrucción ha sido muy amiga del adentro. Pero, sabemos, su propuesta es el desarme de las divisiones binarias, afuera/adentro por ejemplo. Si es así, ¿por qué privilegiar, en la deconstrucción de los binarismos, uno de los extremos? Si aun así se habla de adentro, en deconstrucción, ¿por qué no hablar de afuera?

Si se ha privilegiado el adentro, partiendo por el mismo Derrida, es porque el problema se centraba en la imposibilidad de concebir, de representar la no-representación. Hoy, en las cuestiones deconstructivas, este centro se descentra.

¹⁴ “Deconstruir la oposición, significa, en un momento dado, invertir la jerarquía. Olvidar esta fase de inversión es olvidar la estructura conflictual y subordinante de la oposición. Significa pasar demasiado aprisa, sin detenerse sobre la oposición anterior, a una *neutralización* que, *prácticamente*, dejaría el campo anterior en su estado y se privaría de todo medio de *intervenir* efectivamente. Se sabe cuáles han sido siempre los efectos *prácticos* (en particular *políticos*) de los pasajes que saltan *inmediatamente por encima* de las oposiciones, y de las protestas en la simple forma del *ni/ni*. Cuando digo que esta fase es necesaria, la palabra *fase* no es quizá la más rigurosa. No se trata aquí de una fase cronológica, de un momento dado o de una página que un día podríamos volver para pasar simplemente a otra cosa. La necesidad de esta fase es estructural y es por lo tanto la de un análisis interminable: la jerarquía de la oposición dual se reconstruye siempre” (Jacques Derrida, *Posiciones*, Valencia, Pre-textos, 1977, pp. 51-52).

¹⁵ Jacques Derrida, *De la Grammatologie*, París, Les Editions de Minuit, 1967, p. 227.

Así la pregunta fundamental, creemos, es: ¿convendría a la deconstrucción el triunfo de la fenomenología, esto es, el ordenamiento de la crisis a favor de tal o cual poder para que ella pueda, efectivamente, ser la deconstrucción que ha sido? ¿O, por el contrario, se trata de una suerte de batalla determinante para impedir el advenimiento de la forma, en estos tiempos leídos como *époché* por los fenomenólogos?

Sin duda, el segundo movimiento es lo justo. Lo deconstructivamente justo. Y ese es, a nuestro parecer, el instante de la deconstrucción hoy, cincuenta años después. Instante difícil, pues pone en cuestión ideas fundamentales, a saber, por ejemplo, la idea de que jamás saldremos de la metafísica, del sujeto, de la representación. El eco de los acontecimientos se escapa del sujeto. De hecho, ya no es un eco. La escritura se parte ella misma, hay escritura que no desemboca en nuestras vidas. Algunos acontecimientos no se escribieron, o, si lo hicieron, lo hicieron en una escritura que a la base necesita de otra sensibilidad de la materia, pues, de hecho, la escritura ya no es puramente analógica, es hoy, también, digital. Entre lo analógico y lo digital, una diferencia sin retorno en donde la materia no es representable ni por uno ni por otro: es la materia libre, condición actual para pensar y repensar la deconstrucción y los acontecimientos actuales.

Ese otro pensamiento con el cual Derrida soñaba y no dejaba de soñar¹⁶, no es necesariamente nuestro sueño, sino nuestra realidad, nuestra materia. No está en nuestro inconsciente ni en las huellas que de alguna manera estallan fuerte o levemente en nuestras mentes o en nuestros pasos: está en nuestro actuar, floreciendo, naciendo. Hay que, por tanto, cultivarlo, hacerlo tierra y planta, materia y espíritu. Y ese es el punto: la deconstrucción no está *ya solamente* en la mente, en la estrategia política que se quiere sin estrategia, en la metodología investigativa que se quiere sin metodología, no está pensando los acontecimientos pues ella misma es ya acontecimiento: no recusa la representación porque ya vivimos la no-representación, porque la representación recusada es parte de la vida, de la vida cotidiana. Si la deconstrucción piensa en el porvenir incalculable, habría que decir que uno de esos porvenires incalculables ya llegó, se instaló. El porvenir es también presente. El acontecimiento no

¹⁶ “La posibilidad de lo imposible no puede sino ser soñada, pero el pensamiento, un pensamiento completamente diferente de la relación entre lo posible y lo imposible, ese otro pensamiento tras el que desde hace tanto tiempo respiro y a veces pierdo la respiración en mis cursos o en mis carreras, tiene quizá más afinidad que la filosofía misma con ese sueño” (Jacques Derrida, *Acabados, seguido de Kant, el judío, el alemán*, Madrid, Trotta, 2004, p. 17.

siempre está porvenir, sino que *ya* llegó. Cincuenta años después, es necesario pensar el porvenir en el presente, aunque el presente esté diferido. Pensar la incalculabilidad no antes ni después, sino ahora, aunque este último, más que el instante actual, es una sensibilidad del tiempo: sentir el acontecimiento en el tiempo, aun cuando no podamos representarnos ese ahora. Pero eso no importa, pues aprendemos a vivir —y ya hemos aprendido bastante— sin representar.

Bibliografía

- CELEDÓN, Gustavo (2016) “Anticipar la forma”, *Revista Latinoamericana del Colegio Internacional de Filosofía*, n°1, pp. 83-105.
- CELEDÓN, Gustavo (2017) “Deconstruir la deconstrucción”, en Carlos Contreras; Javier Agüero (eds.), *Jacques Derrida. Envíos pendientes. Imposibilidades de la deconstrucción*, Viña del Mar, Cenaltes Ediciones, pp. 307-344.
- DERRIDA, Jacques (1967) *De la Grammatologie*, París, Les Editions de Minuit.
- DERRIDA, Jacques (1972) “La différance”, en *Marges de la philosophie*, París, Les Éditions de Minuit.
- DERRIDA, Jacques (1977) *Posiciones*, Valencia, Pre-textos.
- DERRIDA, Jacques (1989) “Cogito e historia de la locura”, en Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona.
- DERRIDA, Jacques (1992) *Limited Inc.*, Evanston, IL, Northwestern University Press.
- DERRIDA, Jacques (1997) “Carta a un amigo japonés”, en *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones.
- DERRIDA, Jacques (2002) *La universidad sin condición*, Madrid, Trotta.
- DERRIDA, Jacques (2004) *Acabados, seguido de Kant, el judío, el alemán*, Madrid, Trotta.
- FOUCAULT, Michel (1998) *Historia de la locura en la época clásica III*, Colombia, Fondo de Cultura Económica.
- HUSSERL, Edmund (1962) *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- NIETZSCHE, Friedrich (2012) *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, Alianza editorial.